

Aparte de lo de hacer *rápida* á la esperanza, que es una ocurrencia... académica.

¡Vamos que una esperanza *rápida*!

Pues á sus amigos, á sus pobres amigos de Granada, les dice usted:

«Entonces iré ahí...»

¿Se puede escribir de una manera más prosáica?

Y más adelante:

«Esa es, amados míos,

Mi ilusión querida.»

¡Don Juan, D. Juan!

Mi ilusión querida ¿cree usted que es un verso heptasílabo?...

Antes nos quiso usted hacer tragar como versos de once sílabas aquellos de

«No digo yo que deba la poesía»

y

«Guiada por un hermoso querubín», que tienen doce cada uno.

Y ahora pretende usted hacer pasar por de siete este otro de

«Mi ilusión querida»,

que no tiene más que seis, no descoyuntándole.

Verdad es que hay un cantar que dice:

Tienes la saya larga

Y el mandil corto;

Lo que la sobra á una

Le falta al otro.

XIII.

Me parece que fué Metastasio el que dijo del ave-fénix:

Che vi sia, ciascun lo dice;
Dove sia, nessun lo sa.

Y lo mismo se puede decir del talento de D. Antonio Cánovas.

Porque todos dicen que le tiene, pero no se le ve por ninguna parte.

Y si no vamos á ver: ¿dónde está el talento de D. Antonio?

¿En sus versos?

¡Ay! Los versos de D. Antonio son rematadamente malos, como verá el curioso lector más adelante.

Verdad es que puede un hombre tener talento y no saber hacer versos. Pero el hombre de talento que no sabe hacer versos, no los hace. Y si acaso alguna vez ha caído en la tentación de ponerse á hacerlos, conoce que son malos y no los publica.

Y aquí está ya la falta de talento de don Antonio que, no solamente publicó sus versos

allá de mozo en el folletín de *Las Novedades*, sino que ya en la edad madura los ha vuelto á publicar en un libro ó en dos con el pomposo nombre de *Estudios literarios*.

¡Ya verán ustedes qué estudios!

Pues si escribiendo en verso, ó en prosa, porque también en prosa escribe muy mal, demuestra D. Antonio su falta de talento, cuando se pone á gobernar ¡Dios nos libre!

Don Antonio se estrenó en política en el año de 1854, redactando el manifiesto de Manzanares, que en la forma está muy mal escrito, y en el fondo viene á decir todo lo contrario de lo que D. Antonio ha hecho después en el trascurso de su vida, ya bastante larga.

Durante el quinquenio de la Unión Liberal nunca fué tenido por gran cosa, ni pudo pasar de Subsecretario. Después, en Marzo del 64, fué ministro de la Gobernación en un ministerio de entretiem po, presidido por el señor Mon, y entonces hizo una ley de imprenta muy confusa y muy mala, mandando llevar á los periodistas ante los consejos de guerra ordinarios. Cuando volvió al poder O'Donnell, en Junio de 1865, no le hizo ministro de la Gobernación, sino de Ultramar.

Vinieron por fin los moderados y ya no se volvió á oír hablar de D. Antonio hasta la revolución de Setiembre.

Y después tampoco.

Sino que luego el año 69 vino á las Córtes Constituyentes por chiripa (Mansi creerá que es un distrito de la provincia de Málaga), y aunque pasó mucho tiempo callando, cuando ya se convenció de que aquellos pobres progresistas, aunque blasfemaran alguna vez, no comían niños, se arriesgó á prestar el suyo, es decir, se arriesgó una tarde á hablar por D. Alfonso.

Y es claro, como fué el primero que habló en este sentido, se encontró nombrado presidente de un Comité, para trabajar por la vuelta del hijo de la que se había llamado Isabel II.

No hizo como tal presidente nada que sirviera; y bien sabido es que si él hubiera de haber traído á D. Alfonso no hubiera éste venido todavía.

Pero le trajo el general, D. Arsenio Martínez, con la sublevación de Sagunto, sublevación que D. Antonio, por creer el triunfo imposible, calificó de calaverada, ó algo así, en un manifiesto que tuvo impreso y que por un tris no salió al público.

De todos modos en cuanto D. Alfonso fué proclamado rey constitucional por obra y gracia de D. Arsenio, con sorpresa y contra la previsión de D. Antonio, éste fué el que vino con sus manos lavadas á ser presidente del Consejo de Ministros y amo de la cosa.

Hasta aquí no parece el talento de D. An-

tonio. Pero desde entonces acá ¡cuidado si ha hecho chapucerías políticas el hombre!

Abolió los fueros de las Provincias Vascongadas, que fué lo mejor que pudo hacer para acabar de enagenar á su rey las simpatías de aquel país y favorecer la causa de don Carlos.

Sin tener apenas oposición en el parlamento ni partido dinástico que le disputara el poder, para llegar á gobernar seis años, tuvo que caer del ministerio dos veces, poniendo de sustitutos una vez á Jovellar y otra á Martínez Campos, á éste con ministros comprometidos á plantearle la crisis cuando al mismo D. Antonio se le antojara.

Se empeñó injustamente en que no había de ser princesa de Asturias la niña mayor de D. Alfonso, para que continuara siéndolo la hermana; y tras de muchas vigiliias, zurió un decreto con un preámbulo laberíntico en el que revolió muchísimas leyes, todas las cuales decían lo contrario de lo que él quería que dijeran. Porque evidentemente, siguiendo en la sucesion al trono la ley de Partida, ó Constituciones basadas en ella, no se podía sostener aquel capricho.

Por la vanidad de presidirla y de leer en ella un discurso en francés chapurreado, reunió en Madrid una Conferencia sobre Marruecos, acto sumamente impolítico que nos ató los pies y las manos por extender por allí

nuestra dominación cuando Dios quisiera, puesto que habiéndose firmado un protocolo, la más ínfima de las potencias firmantes puede el día de mañana echarnos el alto y estorbarnos cualquier intento....

¿Dónde está, pues, ese talento macho que generalmente se le concede á D. Antonio?

Ya lo dijo el poeta:

Che vi sia, ciascun lo dice;

Dove sia, nessun lo sa.

En fin, hoy por hoy, no vamos á examinar á D. Antonio como político, sino como académico de la lengua, y hay que saber por dónde llegó á serlo.

Verán ustedes.

Revolviendo el cajón de los papeles selectos (por lo malos), he encontrado una *poesía* ó cosa así, de las mocedades de D. Antonio.

Se llama *Los amores de la luna*; está en verso libre, muy libre, y prueba, entre otras cosas, que D. Antonio ya desde joven debía de mirar con malos ojos al astro protector de los rondadores nocturnos.

Es decir, supongo yo que no miraría bien á la luna, porque si la mirara bien, no la trataría con tanta falta de respeto.

Y hasta de gramática.

Es de noche; circunstancia agravante que, sumada con la *impredictación* y alevosía con que D. Antonio ha cometido este poema, hace del todo imposible el indulto,

El futuro monstruo *cantaba*, por decirlo así, de esta manera:

«De noche tenebrosa nació un día...»

¡Hombre!... digo, ¡Monstruo! ¿Qué nos cuenta usted? ¿Le parece á usted el caso tan raro que merezca decirse en verso? ¿Acaso con todas las noches, tenebrosas ó no tenebrosas, no sucede dos cuartos de lo mismo?

No que de la noche nazca el día, es decir, que la noche haya parido al día, que esto es una figura cursi, muy propia de un comadrón político que hizo nacer á la vida ministerial á Tejada y á Villaverde, pero que á la noche siga el día, es la cosa más trivial del mundo.

O si no la más trivial de todas, al menos la segunda en trivialidad; la más trivial después del subsecretario que ha sido de Gracia y Justicia, á quien usted hizo marqués de Trives.

Vamos, siga usted, D. Antonio, á ver después del parto lo que pasa.

«De noche tenebrosa nació un día,
Que halló de Cària en la llanura estéril
Al vagabundo *Endimión despierto...*»

¡Despierto precisamente!

Pues mejor era que le hubiera dejado usted dormido ó cloroformizado, para que no diera cuenta el infeliz, y no se quejara del estirón horrible que hay que darle á fin de que llene la medida del verso, como llena us-

ted las medidas de todos los españoles desinteresados.

Porque para hacer de eso de

«Al vagabundo *Endimión despierto*»

un endecasílabo, hay que estirar al pobre *Endimión* como á un quinto hasta ponerle en forma: *En-di-mi-ón*, ó *En-di-mi-jón*, y no se sabe que el pobre pastor haya merecido tan malos tratamientos.

Como no ha merecido, de seguro, tres *yas* que le dispara usted luego á quema-ropa, y que me recuerdan las tres *hastas* famosas del soneto del marqués de Cerralvo.

¡Pobre Endimión! ¡En buenas manos has caído!

«No atiende él *ya* en sus ocios al donaire
De la *desnuda saltatriz...*»

Esto es una alusión á Becerra, ó á Romero Girón, ó á Montero Ríos, ó á Martos, ó á Pidal, ó á cualquiera de los políticos saltadores como Romero Robledo, que saltó de la unión liberal á la demagogia, y desde la demagogia, en cuanto escribió con carbón en las paredes de la Aduana aquel anatema contra los Borbones, volvió á saltar al partido conservador para ser ministro de D. Alfonso, y luego saltó á la democracia con López, y de allí á la sin López, y está dispuesto á volver á saltar al campo conservador en cuanto lo permita Paco Silvela.

Lo que hay es que eso de la desnudez no

está del todo bien, porque los políticos saltos no están desnudos.

«No atiende él *ya* en sus ocios, al donaire
De la desnuda saltatriz, que apenas
Con los *ligeros* pies al suelo toca,
Ni *ya* visita al húmedo *Ninfeo*
(Este *Ninfeo* debe ser *Elduayen*
Porque es húmedo y feo como pocos.....)

.....
Helo *ya* errante en la del *tardo* río,
Margen *doliente* que habitó *contento*.»
(¡Contento, sí, contento! Muy contento,
Como cada español el día *fausto*
En que reviente usted, ó se retire
A la vida privada, con *Vallejo*,
Y uno y otro *Pidal* y *Saturnino*,
Y.... ¡Vaya! ¿Está usted viendo, D. Antonio,
Como hago versos libres, menos malos
Que los que hacía usted, y aún hace ahora,
Sin tantos *yas* ni tantos *disparates*?....)

Y ahora, aunque sea en prosa, vamos á ver lo que *Endimión* ó *En-di-mi-jón* dice á la luna, ó lo que *D. Antonio* dice que la dice, porque, en realidad, no es posible que *Endimión* la dijera tantas bobadas ni tan mal dichas...

¡Vaya! ¡Ni que *Endimión* fuera *Becerra*...
Pero *D. Antonio* nos presenta á *Endimión*
encarándose con la luna, y

«Mujer, cuando no *diosa*, incierto exclama:
¿Quién eres, *dime, di*, que tal me dejas?...»

¡Usted sí que nos deja tales, Sr. *D. Antonio*, con eso de *cuando no diosa* y con ese

dime, di, que parece otro mote que usted pone á la luna!

«Mujer, cuando no *diosa*, incierto exclama:
¿Quién eres, *dime, di*, que tal me dejas,
A tiempo que contigo bien hallado,
Sin ti la vida á conservar ni acierto?...»

Sin ti... contigo...

Ni contigo, ni sin ti, que dice el conocido cantar, y que es lo mismo que nos pasa contigo, ¡oh, monstruo! y sin ti, ¡oh, mal poeta! á todos los españoles de buenas costumbres; es á saber: que no podemos vivir contigo cuando estás en el poder, porque nos matas... á cosgayonadas y á contribuciones, ni podríamos tampoco vivir sin ti, porque nos moriríamos de gozo... si no te sustituyera *Sagasta*.

«Mujer, cuando no *diosa*, incierto exclama,
¿Quién eres, *dime, di*, que tal me dejas?...»

Y diga usted, *D. Antonio*, si se puede saber; ¿no dirigía usted mejores apóstrofes á su novia? ¿La llamaba usted *mujer cuando no diosa* y la decía usted eso del *dime, di*? Pues no sé cómo no le mandó á usted á paseo.

«A tiempo que contigo, bien hallado,
Sin ti la vida á conservar no acierto?
(Pues parece mentira que no acierte
A CONSERVAR el fundador y padre
DE LOS CONSERVADORES. Aunque es claro,
Entonces eras progresista inconscio,
Sin soñar en ser jefe, ni por pienso,
De partido, ¡oh, Antonio detestable!)

Si este mundo te enoja, al que prefieras
Llévame luego, y *tróquese* gozoso...»

¡Hombre! ¿*Tróquese* dijiste?

Pues dijiste una barbaridad solemne.

Porque has de saber, ¡oh, eminente Antonio! que *troc*ar es un verbo irregular, que cambia la *o* en *ue*, en la primera, segunda y tercera persona de singular y en la tercera de plural del presente de indicativo y del presente de subjuntivo, y en la segunda de singular y tercera de singular y plural del imperativo, y por tanto se dice «*truéquese*» y no *tróquese*:

«*Truéquese* en risa mi dolor profundo»
que dijo Espronceda, sin ser monstruo ni nada.

Pero bien mirado, ¿qué adelantas ya con saberlo ahora? Nada absolutamente, porque ya está el daño hecho. Cuando habías de haberlo sabido, y permíteme que te tutee ¡oh monstruo! ya que tengo que hacer contigo oficios de maestro de escuela, y es seguro que tú también tutearías á los niños, cuando ayudabas, aunque mal, á tu padre en sus tareas pedagógicas; cuando habías de haberlo sabido era antes de escribir. Por eso dijo Horacio:

..... *qui Pythia cantat*
tibicem, DIDICIT PRIUS...

Que es como si dijera que para cantar á la luna hay que aprender antes la gramática, cuando menos.

Pero antes, entiéndelo bien, antes, porque después ya no hace al caso.

Ya no sirve más que para corregirlo, como has hecho tú, poniendo *troc*aré en la segunda edición que no ha de leer nadie.

Conque no vuelvas á *true*car las conjugaciones de los verbos, feo de mi vida, y vamos andando:

«Si este mundo te enoja, al que prefieras
Llévame luego, y *tróquese* gozoso
Por éste *aquél*. Pero si acaso *en otra*
Región terrena te escondieses, oye
Cuál te ha de amar, ó quién allí tan breve
Hará tus horas como *aquellas*, luna
(Ya que este nombre consentir solías)
Aquellas, digo, en que á tu amor el mío
Tales forjaba *dichas deliciosas*,
Que el astro *consagrado* á Venus pudo,
Quizás de envidia *apresurar el paso*...»

que es lo mejor que puede uno hacer, leyendo composiciones de este D. Antonio, *apresurar el paso*, para concluir lo antes posible, sin ningún *aquel*, ni *aquellas luna*, ni *aquellas digo*, saliéndose por *dicha deliciosa* de la *región terrena*, para no volver á meterse *en otra*...

¡Cuidado que disparata D. Antonio! ¿eh?
Pues esto que sigue...

«Al hora *de ordinario* en que la tarde
Su manto *de carmín* plegaba *encima*
Del llano fértil, con ligera planta
Buscábate, y tu disco esplendoroso
Sin falta por la cumbre hallaba, y *puerto*
Seguro siempre en tu *invisible carro*...»

¡Mira, que hallar puerto en un carro!..
Y en un *carro invisible*, que es lo más
gracioso.

Y luego, *sin falta...* y sin poesía.
Pero lo que él dice:

«Mujer, cuando no diosa, incierto exclama:
¿Quién eres, dime, di, que tal me *dejas?*
(¿*Cómo le dejó á usted?*) ¡Ay! cuán alegres
Eran *tales* allí las horas lejos
Del bullicio del mundo y *las estrellas...*»

¡Ah! ¿Las estrellas tambien tienen bullicio?
¿Qué tendrán que hacer aquí las estrellas?
Pero hombre, *cuando no Dios*, ó cuando no
demonio ¿le parece á usted poco haber estado
haciéndonos ver las estrellas ocho años (de
dos veces) á todos los españoles, para hacér-
noslas ver ahora otra vez en versos libres?

Por lo demás, esas horas *tales*, que eran
alegres lejos, se parecen á usted, Sr. D. Anto-
nio, que si no es usted alegre ni lejos ni cer-
ca, produce usted alegría en los demás estan-
do lejos.

¡Ah! ¡Pero muy lejos!...

XIV

Pues ahora les voy á presentar á ustedes
á D. Antonio traduciendo.

Ustedes creerán... digo, ustedes no, porque
habiendo leído el artículo precedente, ya sa-
ben á qué atenerse sobre D. Antonio; pero
los redactores de *La Epoca*, algunos jueces de
instrucción y demás personas de pocos alcances
literarios, creerán que D. Antonio, tradu-
ciendo es un *monstruo* también como politi-
queando.

Y la verdad es que al fin no se equivocan
mucho, porque D. Antonio es verdaderamen-
te un monstruo de mirada indirecta, que go-
bierna mal y traduce peor; es decir, que allá
se van Cánovas traductor y Cánovas político.

Pues si en política está D. Antonio á la
misma altura que *Merluza* en tauromaquia,
como traductor no desmerece mucho de Caru-
lla y del conde de Cheste.

Y eso que traduce también del italiano, que
es lo más fácil.

O si no traduce, por lo menos tradujo.

¡Ah, sí! Esta es la única circunstancia ate-